

que no han de ser del todo estériles nuestros esfuerzos, para completar el estudio de los primeros monumentos escritos de la poesía española ¹.

¹ Al hacer la exposición del *Poema del Cid*, no solamente hemos atendido á darlo á conocer cual merece, sino tambien á desvanecer los errores en que generalmente se ha caído al analizarlo, alterando á placer las situaciones, dándoles distinto colorido é introduciendo accidentes de todo punto ajenos á la tradición, y fuera ya del mismo argumento. Citar los autores que han incurrido en estas faltas y deslices, cuando no hay crítico de bulto que no haya hablado del *Poema*, sería muy enojoso, y sobre enojoso acaso impertinente: baste decir con un escritor no despreciable que hasta 1846, en que Mr. Clarus escribió su *Exposición de la Literatura española en la edad media*, no se había hecho «un análisis verdaderamente fiel de este »*Poema*». Sin embargo, el análisis de Sismondi no carece en general de exactitud, y es más completo que el de otros muchos críticos, posteriores al año de 1846.

CAPITULO IV.

PRIMEROS MONUMENTOS ESCRITOS DE LA POESÍA CASTELLANA ¹.

Prosíguese el exámen del *Poema de Mio Cid*.—Estudios sobre los caracteres.—Tipos especiales de los primeros caudillos.—Álvar Fañez de Minaya.—Pero Bermudez.—Martin Antolinez.—Felez Muñoz.—Muño Gustioz.—El obispo don Gerónimo.—Los infantes de Carrion y las hijas de Mio Cid.—El Cid, doña Jimena y el rey don Alfonso.—Condiciones artísticas del *Poema*.—Su division.—Medios expositivos del mismo.—Medios artísticos.—Resúmen.

Cuando, expuesto ya el argumento del *Poema de Mio Cid*, advertimos que atesora bajo el aparato de formas rudas y apenas articuladas el espíritu noble y ardiente del pueblo castellano, bien podemos considerarlo como fruto legítimo y espontáneo de

¹ No por vana ó pueril jactancia, sino cual muestra de profunda gratitud y de respeto, y como inequívoco testimonio de la noble protección con que S. M. la Reina doña Isabel II.^a y su augusto esposo se dignan fomentar el cultivo de las letras patrias, parécenos oportuno consignar aquí, que segun indicamos en la dedicatoria y en el capítulo precedente, son estos estudios, relativos á los poemas del Cid, los capítulos que, invitados al propósito, tuvimos la honra de leer á SS. MM. en setiembre de 1853, durante su permanencia en el Real Sitio de San Lorenzo.

aquella poesía, que nacida en la cuna misma de la nación, estaba destinada á reflejar en todas edades el genio peculiar de nuestra cultura. Nada hay en el *Poema de Mio Cid* que no sea, en este sentido, verdaderamente trascendental y esencialmente castellano: tan puros son y brillantes los colores que matizan los cuadros de costumbres en él trazados, tan profundas y poderosas las creencias que se revelan en cada uno de sus rasgos, que no sin fundamento asientan casi todos los críticos que «nada iguala su «gusta sencillez, ni el heroísmo que en todo él resplandece, ni el «encanto de sus extraordinarias situaciones». Y sin embargo esos mismos escritores que han concedido al *Poema de Mio Cid* tan altas cualidades, presentándole como el símbolo de la originalidad é independencia del arte español, han perdido lastimosamente de vista que una de las grandes dotes de este *Poema* es la pintura de los caracteres, llegando á dar por cosa fuera de duda el que todos los personajes son «extremadamente parecidos», según al terminar el anterior capítulo indicábamos.

Mas cuando de este modo se ha procedido, no sólo se ha dado una prueba de irreflexion y ligereza, tanto más reprehensible cuanto es mayor la seguridad con que se asientan tales asertos, sino que se han olvidado también las condiciones de toda obra de arte que, como el *Poema de Mio Cid*, presenta esas elogiadas situaciones, llenas en verdad de interés y de vida. Porque ¿qué otra cosa son en realidad las situaciones más que el resultado de los diferentes caracteres?... Si fuera posible en lo humano que todos los personajes de una época determinada abrigasen unas mismas ideas y pensamientos y tuvieran unas mismas inclinaciones, un mismo temperamento y una misma educación, inútiles serían de todo punto los esfuerzos del poeta que con semejantes elementos se propusiera crear un poema, desarrollando en él grandes situaciones. Son estas siempre natural resultado del choque de las pasiones, que nacen, crecen y llegan á su colmo en cada individuo, conforme á la diversa índole de su respectivo carácter; y sin que estos caracteres sean esencialmente distintos, ni es posible que exista ese choque indispensable para que llegue á exaltarse la pasión, ni podrían pensar ni obrar los personajes de un poema de tal manera que constituyesen, cada cual en su órbita, una ver-

dadera entidad artística. Si, no pudiendo cerrar los ojos á la razón, se ha concedido, aun por los críticos que más someramente han examinado el *Poema de Mio Cid*¹, que encierra este monumento de la primitiva poesía española situaciones de admirable efecto, donde resalta ya en unos personajes la lealtad, ya en otros el heroísmo, ora en estos un valor indomable é independiente, ora en aquellos una prudencia verdaderamente nestoriana, ¿cómo se ha asentado pues que todos los caracteres del *Poema* son entre sí semejantes?... Contradicción es esta en que se ha caído con sobrada frecuencia, porque la crítica, siempre descontenta de la rudeza de la forma exterior, ha visto con entero desden las bellezas que bajo la misma se ocultaban, sin ser bastante á descubrir por esta causa los grandes tesoros de aquella poesía, que sólo podía vivir con las expresadas condiciones.

«Los compañeros de Mio Cid se parecen mucho unos á otros: no hay entre ellos esa variedad que procede del contraste de los caracteres y que consiste á veces en diferencias delicadas y á primera vista imperceptibles». De esta manera se han expresado unos críticos sobre el punto, de que tratamos. «Los compañeros de Mio Cid (añaden otros) son todos guerreros honrados y valientes: á todos domina el deseo de gloria y el amor de la guerra; todos son hombres rudos é ignorantes, para quienes no hay más título de merecimiento que la fuerza física y material: esta es la razón por que se parecen tanto unos á otros». Pero este juicio, donde si bien se han tenido presentes las circunstancias que caracterizan toda obra de un arte primitivo, se han perdido de vista las dotes que en el *Poema de Mio Cid* resaltan, no puede ser admitido plenamente por quien haya estudiado con madurez tan precioso monumento.

¹ Boutterwek, que es sin duda uno de los escritores que más desdeñosa y ligeramente han juzgado el *Poema de Mio Cid*, considerándolo como una «Crónica rimada en alejandrinos bastante incorrectos», no puede menos de confesar que «la sencillez caballerisca de su estilo se halla realizada por algunas situaciones bien descritas». Del menosprecio de Boutterwek, que no careció de imitadores, ha sido al cabo vengado este peregrino monumento por otros críticos alemanes, entre quienes no podemos olvidar los nombres del docto Wolf y del discreto Clarus.

Los guerreros que siguen los estandartes del caudillo desterrado por su rey, los valerosos capitanes que arrostran la ojeriza de la corte, llevados del amor y entusiasmo que les inspira el héroe de Valencia, se parecen en aquellas grandes cualidades en que no podían menos de semejarse. Todos son valientes, todos son leales, todos magnánimos y generosos. Animalos un mismo sentimiento patriótico: tienen una misma creencia; y caminando á un mismo fin, representan una misma idea.—Pero habrá de deducirse de aquí lógica y naturalmente que no existe diferencia alguna entre ellos, acusando al poeta de impotencia y de amaneramiento, dignos de menosprecio ó de severa censura?... Esto equivaldría sin duda á condenar al inmortal poeta de Smyrna, porque entre todos los héroes de la *Iliada* se advierten las mismas relaciones, deduciéndose arbitrariamente que no había acertado á pintar los caracteres de sus personajes con la variedad que el arte y la misma naturaleza exigen.

Los héroes de Homero se parecen todos, porque todos son forzados y valientes, y porque á pesar de estas calidades, apreciadas en alto grado por los pueblos primitivos, todos vuelven la espalda en medio del combate, cuando encuentran resistencia superior á sus fuerzas, sin que tal muestra de flaqueza se tenga á deshonor, ni se juzgue indigna de los hijos de los héroes y de los dioses.—¿Y quién habrá que á pesar de esto, confunda en la inmortal epopeya griega al astuto Ulises con el fogoso Diomedes, al prudente Nestor con el temerario Ajax Telamonio?... Aquellos rasgos de carácter que son hijos de las costumbres y de las creencias de los pueblos, que se refieren principalmente al estado de su cultura, no pertenecen por tanto á individuo alguno determinado: son comunes á todos los que viven en un mismo siglo, á todos los que componen una misma nación, á todos los que tienen una misma moral, y finalmente á todos los que profesan un mismo dogma religioso y pelean bajo una misma bandera. El arte que únicamente reconoce, como legítimos, estos supremos títulos á la gratitud y á la admiración nacional, fija naturalmente su vista en aquellas cualidades eminentes; é idealizándolas, como le es dado hacerlo en su infancia, las atribuye en cierta manera á todas las creaciones, donde recoge y personifica los más gratos sen-

timientos del pueblo que lo cultiva. Hé aquí pues lo que sucede en el «*Poema de Mio Cid*» respecto de los guerreros que siguen las huellas de Ruy Diaz de Vivar, llenando de terror á la morisma, y despertando el entusiasmo de los castellanos con sus inauditas hazañas.

Mas cuando despues de apreciar convenientemente estas cualidades, que forman por decirlo así, la fisonomía de los siglos XI y XII, comparamos entre sí á los capitanes del vencedor de Montes de Oca y de Valencia ¿qué afinidad, qué semejanza puede encontrarse entre Álvar Fañez de Minaya y Pero Bermudez?... ¿Qué de comun entre Martín Antolinez y Felez Muñoz?... ¿Qué puntos de contacto entre Nuño Bustios y el obispo don Gerónimo?... Examinense con la madurez y el detenimiento debido los caracteres de estos personajes: quílatense los rasgos que constituyen la individualidad artística de cada uno de ellos; y despues que se hayan dignamente apreciado, se comprenderá sin grave inconveniente que existe en realidad ese contraste tan apetecido de los críticos, quienes deslumbrados tal vez por las grandes virtudes que caracterizan aquella ilustre familia de héroes, no fijaron la vista en los perfiles que animan á cada uno de sus individuos.

Álvar Fañez de Minaya, el inseparable compañero de Mio Cid, el soldado valeroso, cuya lanza brilla siempre la primera en los combates, es al mismo tiempo el capitán de maduro consejo que alienta el espíritu heroico de Mio Cid, y que le inspira donde quiera nuevas hazañas, siendo su voz acatada como ley de la guerra en los momentos del peligro ¹. Es el caudillo, á cuya inteligencia

¹ Digno es de notarse que los documentos históricos, coetáneos del *Poema*, atribuyen á Álvar Fañez la misma autoridad y nombradía: la *Crónica de Alfonso VII*, tantas veces citada, le califica de *strenuus dux Christianorum*, dándonos á entender, cuando menciona los capitanes que tomaron parte en la empresa de Almería, que fué objeto su nombre de los cantos populares. Demás de los versos citados en el capítulo anterior, hallamos los siguientes, hablando de Álvar Rodriguez, nieto de Minaya:

Cognitus et omnibus est avus Alvar: arx probitatis,
 10 Nee nimis hostibus extitit impius urbs bonitatis;
 Audio sic dici, quod est Alvarus ille Fanicí;
 Ismaelitarum gentes domuit, nec earum
 Oppida vel turres potuerunt stae fortes, et é.

confía el nieto de Lain Calvo el éxito de las más arriesgadas empresas y el discreto hidalgo que le representa dignamente en la corte de Alfonso VI, logrando al cabo, venciendo la malquerencia de los áulicos, desvanecer con su nobleza y discreción el ceño del irritado monarca.—Los triunfos de Mio Cid son sus triunfos; los quebrantos del héroe llenan su corazón de amargura. Sus gozos, sus alegrías encuentran eco profundo en el pecho de Minaya, cuya lealtad hacia su capitán llega al más alto punto del idealismo, compitiendo sólo con la que el héroe muestra hacia el rey, que le echa de sus Estados. Cuanto proviene de Ruy Diaz de Vivar, al cual se halla también ligado por los vínculos de la sangre, cuanto concierne á su familia, es respecto de Álvar Fañez como objeto de veneración, no perdonando sacrificio alguno para duplicar los laureles que ilustran su esclarecido renombre. Ya lo hemos indicado: cuando lleno de amargura, acierta apenas Mio Cid á separarse de los muros de San Pedro de Cardena, donde quedan las dulces prendas de su amor, oye á su lado la voz amiga de Álvar Fañez que le exhorta y consuela, exclamando:

384 Cid, | ¿dó son vuestros esfuerzos?...

Pensemos de ir nuestra via; | esto sea de vagar:
Aun todos estos duelos | en gozo se tornarán.

Cuando, vencidos los moros de Castrejon, le ofrece el héroe el quinto del botín recogido por sus soldados, hé aquí cómo se expresa la generosidad de Minaya:

501 Mucho vos lo gradesco, | Campeador contado,
D' aquesta quinta parte | que me avedes mandado,
Pagarseia della | Alfonso el castellano:
Yo vos la suelto | é avello por quitado.

Si rodeado de poderosa morisma, convoca Mio Cid sus capita-

Dado que, como creemos, el *cognitus omnibus* y el *audio sic dici* son indicio seguro de que fué Minaya celebrado por los cantores del vulgo, no es dudable, como dijimos ya, que el autor de la *Chronica* se refiere aquí al *Poema* que examinamos, donde se cumplen todas las circunstancias atribuidas al carácter de Álvar Fañez, ocupando el primer lugar después de Mio Cid.

225 Meo Cidi primus fuit, Alvarus atque secundus.

II.^a PARTE, CAP. IV. PRIM. MON. ESC. DE LA POES. CAST. 177
nes en medio de la noche para pedirles consejo, sólo se escucha el voto de Álvar Fañez, aplaudido por el héroe y acogido con entusiasmo por sus compañeros:

680 De Castiella la gentil | exidos somos acá,
Si con moros non lidiaremos, | non nos darán del pan:
Bien somos nos seyscientos, | algunos hay de más.
En el nombre del Criador | que non passe por ál:
Vayamos los ferir | en el dia de crás.—
685 Dixo el Campeador: | Á mi guisa fablastes.—
Ondrastes vos, Minaya, | ca aun vos lo yedes á far.

Mas quien tan valerosamente aconseja, no se muestra menos denodado en el combate:

786 Á Minaya Álvar Fañez | bien l' anda el caballo:
Daquestos moros | mató treynta é quatro:
Espada taiador, | sangriento trae el brazo:
Por el cobdo ayuso | la sangre destellando.

Y si leal, generoso, cuerdo y valiente se ostenta ya en el consejo, ya en el campo de batalla, cortés y rendido aparece ante la esposa y las hijas de Mio Cid, sus primas, cuando conquista discreto el consentimiento del enojado monarca para llevarlas á Valencia, donde el amor de un fiel esposo y de un tierno padre las espera:

—Merced vos pide el Cid, | si vos cayese en sabor,
1360 Por su mugier donna Ximena | é sus fijas amas á dos.
Saldrien del monesterio, | do elle las dexó,
É yrien pora Valencia | al buen Campeador.
Essora dixo el Rey:— | Plaz' me de corason.

Arrodillándose al llegar á la presencia de doña Jimena, exclama:

1406 Salúdavos Mio Cid, | allá onde elle está.
Sano lo dexé | é con tan grand rictad:
El rey por su merçed | sueltas me vos há,
Por levaros á Valencia | que avemos por heredit.
1410 Si vos viese el Cid | sanas, é sin mal,
Todo serie alegre que | non avrie ningun pesar.—
Dixo donna Ximena:— | El Criador lo mande.

Resuelta ya la partida y lleno Minaya de gozo y de ternura
TOMO III. 12

respecto de la esposa y de las hijas de su tío y señor, sólo aspira á que aparezcan estas ante los ojos de la muchedumbre con toda la dignidad y el decoro que cumple á su nobleza y á la inmarcesible gloria del héroe:

El bueno de Minaya | pensólas de adobar:
1435 De los mejores guarnimientos | que en Burgos pudo fallar;
Palafrés é mulas | que non parezcan mal.—

Así honra Álvar Fañez á doña Jimena y á sus hijas; no habiendo género de obsequio que no les prodigue desde San Pedro de Cardaña hasta Valencia, y resaltando en todas sus acciones aquel imponderable amor y aquel respeto profundo que le inspiraba siempre el nombre de Mio Cid.

Pero donde con más fuerza resaltan la lealtad y el cariño de Minaya respecto del héroe, donde brilla más noblemente la magnanimidad de su carácter, es ante los muros de Valencia: cobardes, como afeminados los infantes de Carrion, mientras todos los guerreros combaten valerosamente, huyen despavoridos del campo de batalla, al moverse contra ellos los escuadrones de Búcar: la victoria corona sin embargo los estandartes cristianos, y derrotada la morisma, comparecen ante Rodrigo todos sus capitanes, cubiertos de sangre y de sudor y hartos de matar sarracenos. Entonces Álvar Fañez de Minaya, que ha visto huir á los infantes, pero que desea evitar al Cid el amargo sentimiento que ha de causarle la nueva de la cobardía de aquellos menguados cortesanos, se apresura á presentárselos, asegurando en presencia de todos los caudillos que se habian mostrado en la lid como buenos:

2465 Grado á Dios Fijo | é al Padre que está en alto,
É á vos, [Mio] Cid, | que en buen ora fúestes nado,
Mataste á Búcar | é arrancamos el campo.
Todos estos bienes de vos | son é de vuestros vasallos:
É vuestros yernos | aqui son ensaiados,
2470 Fartos de lidiar | con moros en el campo.—
Dixo Mio Cid:— | Yo desto se pagado...;
Quando agora son buenos | adelant serán preciados.

¿Quién se atrevería á negar lo que Minaya afirmaba públicamente?... ¿Quién osaría trocar el gozo de Mio Cid en amargo quebranto?... Todos los capitanes, todos los soldados habian visto en efecto la cobarde fuga de los condes de Carrion, y sin embar-

go nadie se atreve á contradecirle, ni aun cuando entran los infantes á tomar parte (por cierto no pequeña) en el inmenso botín hecho á los vencidos sarracenos.

Hé aquí pues la noble, gallarda y simpática figura de Álvar Fañez, bosquejada con tan nativa frescura que apenas se percibe la mano del pintor que la ha trazado, lo cual contribuye sin duda á dar nuevo valor á su bello carácter. Prudente en el consejo, animoso en el combate, discreto en la corte, solícito y respetuoso con las damas, generoso con los afeminados infantes de Carrion, todo lo subordina al inmenso cariño que profesa al héroe de Vivar, quien le prodiga en cambio las mayores honras, confesando pública y solemnemente que es Minaya su diestro brazo ¹.

Veamos ahora la figura de Pero Bermudez. Cuando examinamos la *Leyenda de las Mocedades de Rodrigo*, notamos ya algunos rasgos de su popular carácter: contemplámosle entonces echando en cara á Rodrigo de Vivar el olvido en que le tenia, dejándole expuesto á morir de hambre y de frío en extrañas tierras, y vímosle despues prometiéndole llevar el estandarte real de Castilla adonde jamás lo habia llevado esfuerzo humano. Estas cualidades indicadas ligeramente, pero con notable energía en la *Leyenda*, se desarrollan pues en el *Poema* de tal modo, que forman ya una creacion verdadera en el carácter de Bermudo. Á diferencia de Álvar Fañez, si bien no menos leal y valiente, es este sobrino de

¹ El Cid le apellida tambien con frecuencia su *fardida lanza*, lo cual explica perfectamente la circunstancia de asegurarse en el *Poema de Almeria*, que no la hubo mejor bajo el cielo:

219 Nullaque sub coelo melior fuit hasta sereno.

Ni dejan tampoco los elogios que Mio Cid tributa á Minaya de darnos cabal idea del valor que tiene en el monumento latino la confesion que se le atribuye respecto de Minaya:

224 Hunc extollebat, se laude minore ferebat.

Lo repetimos: esta avenencia completa y no intencionada fortalece por lo mismo más y más nuestra persuasion de que el *Poema de Almeria* se refiere terminantemente al de *Mio Cid*, segun mostramos en el anterior capítulo.

Mio Cid áspero, inquieto y extremadamente irascible.—Ya se niega á todo género de obediencia, cuando contradice esta sus instintos belicosos é independientes; ya se irrita, cuando sospecha que puede dudarse de su agreste fidelidad y de su brusco, aunque entrañable cariño; y ya en fin remite á las manos cuantas dificultades no puede resolver su lengua.—Determinado el Cid á dar batalla á los sarracenos que le cercaban en el castillo de Alcocer, saca fuera de los muros su corta hueste, y al ver que se adelantan los moros para acometerle, exclama:

710 Quedas sed, mesnadas, | aqui en este logar:
Non desrranche ninguno | fata que yo lo mande.—

Mas Pero Bermudez, que lleva la enseña del héroe y que no puede por más tiempo refrenar su indómito esfuerzo, clavando los acicates á su caballo y dirigiéndose hácia la morisma, replica al mandato de Mio Cid:

—El Criador vos vala, | Cid Campeador leal:
Vo meter la vuestra senna | en aquella mayor haz:
715 Los que el debdo avedes, | veremos como la acorredes.—
—Dixo el Campeador: — | Non sea, por caridad.
—Repusol' Pero Bermuez: | Non rastará por ál.—
Espolonó el caballo, é | metiol' en el mayor haz.

Ruy Diaz de Vivar se vé por semejante desobediencia obligado á empeñar fuera de sazón la batalla, de que le sacan vencedor su fortuna y el valor sobrenatural de los suyos.—Cuando el rey Búcar dirige sus numerosas haces sobre Valencia y sabe el Cid que los infantes temen arrostrar el combate, fiado en el no desmentido esfuerzo de Bermudo, le encomienda la custodia de aquellos, diciéndole:

2361 Alá, Pero Bermuez, | el mio sobrino caro,
Curiesme á [don] Diego | é curiesme á don Ferrando:
Mios yernos amos á dos, | las cosas que mucho amo;
Ca los moros con Dios | non finarán en campo.

Á esta cariñosa demanda de Mio Cid, donde por una parte se descubre el gran concepto que tenia de Bermudez, y por otra la ternura con que veia ya á los esposos de sus hijas, responde aquel intrépido guerrero del siguiente modo:

2305 Hyo vos digo, [Mio] Cid, | por toda caridad
Que hoy los Infantes á mí | por amo ¹ non avrán:
Curielos quiquier, | ca dellos poco mim'cal ².
Hyo con los mios | ferir quiero delant:
Vos con los vuestos firme mientre la zaga tengades.

No puede darse más brillante rasgo de feroz independencia ni que pinte más al vivo el temerario carácter de Pero Bermudez, llegando al extremo de insultar al mismo Cid, suponiéndole capaz de quedarse en la zaga.—Y sin embargo el guerrero que así parece faltar á la obediencia, teniendo en poco los mandatos de su señor, luego que se ha trabado la pelea, acude presuroso á salvar la vida al conde don Fernando, que huía despavorido de la saña de un sarraceno; y dando muerte á este, entrega al infante el conquistado corcel, para que aparezca el tímido garzon ante los ojos de la muchedumbre cual lidiador esforzado. Este mismo guerrero apoya con su silencio la declaracion hecha por Alvar Fañez de Minaya, al manifestar en presencia de todos los capitanes, que los condes de Carrion habian probado valerosamente sus armas contra los moros, haciéndose dignos del amor de Ruy Diaz.

De tal manera, siendo en el fondo leal, como ninguno, y profesando al Cid y á su familia un amor profundo, la aspereza y natural desabrimiento de su condicion, obligan á Pero Bermudez á contradecir y desobedecer á su tío y su caudillo y natural señor, apareciendo como emblema de la independencia individual y de la ruda fiereza de los castellanos de los siglos XI y XII.—Y para que haya más verdad en la creacion de tan señalado carácter, á esta ferocidad nativa, retratada con admirable vigor, reune Bermudez una calidad física que le exalta y exaspera frecuentemente, aumentando el contraste que existe entre él y los demás

1 Amo: ayo, director, pedagogo.

2 Mim'cal: poco me importa á mí. Sanchez escribió *min' cal*. Esta manera especial de decir se conserva todavía en algunos pueblos de Castilla, especialmente en la provincia de Toledo: de ella nació si duda, por equivaler al *no me importa*, el adjetivo popular *mincalero* y *mencalero*, para denotar al que todo lo desprecia y tiene en poco.